



EDITORIAL: “Doctor: ¡Ya sé la respuesta!”



Hospital San Juan de Dios, San José, Costa Rica. Fundado en 1845

Recibido: 04/04/2017
Aceptado: 15/04/2017

Carlos I. Quesada Aguilar¹

¹Especialista en Medicina Interna. Asistente del Servicio de Medicina Interna HSJD. Profesor Asociado de la Escuela de Medicina UCR. Coordinador de la Cátedra de Medicina Interna, UCR-HSJD. Coordinador Local del Tronco Común en Medicina Interna UCR-CENDEISS. Correo electrónico: carlos.quesadaaguilar@ucr.ac.cr

Siendo miembro de la llamada *Generación X*, o bien de la *Generación Satelital*, según el reciente trabajo de UNIMER sobre las Generaciones en Costa Rica¹, he sido testigo de muchos de los cambios y avances tecnológicos que han hecho que la realidad cotidiana de todos sea dramáticamente diferente a lo que se vivía en años previos, en tiempo de nuestros padres y –valga la comparación– de muchos de nuestros profesores universitarios.

El acceso a la información.

No es mi intención evocar sentimentalismos a modo de prensa rosa, pero recuerdo –por citar un puñado de ejemplos– cuando buena parte de los trabajos de investigación llevaban una importante cuota de paciencia, analizando los *Index Medicus*, buscando y fotocopiando artículos –las menos de las veces– o libros solicitados a préstamo domiciliario o “*para Sala*” –como advertía la bibliotecaria encargada– en los textos más codiciados. También, cuando parte del curso de *Investigación Médica* consistía en la elaboración de *fichas bibliográficas*, en máquina de escribir, en una sola pasada, sin rayas o borrones y sin chance

de corregir lo escrito, que a la sazón debían ser solicitadas en la sala respectiva de la Biblioteca Carlos Monge Alfaro, siendo que ya para ese tiempo no eran ubicuas, dado el avance tecnológico y el acceso a las computadoras.

Claro está, esas computadoras tampoco eran como las actuales. Recuerdo cuando el Dr. Pedro Morera (R.I.P) nos presumía a los estudiantes del curso de Parasitología –que lo veíamos deslumbrados– por la adquisición en el extranjero de una computadora con 6 Gb de disco duro. Capacidad actual de las memorias externas que obsequian en los congresos...

La exposición tecnológica y el acceso a la información experimentó –y lo sigue haciendo día a día– un crecimiento exponencial, de modo que ya para mi periodo de residencia era inconcebible sobrevivir en el ambiente académico hospitalario sin acceso a los *journals* más importantes y a los buscadores *online* que aseguraban el acceso –preferiblemente gratuito– a un número tal de artículos que era imposible siquiera imaginar leer una muestra significativa.



Tratando de emular la dialéctica, este marco cuasihistórico busca apoyar la tesis de que la adquisición del conocimiento es ampliamente diferente en la actualidad de lo que era hace no más de veinte años –creo que no muchas personas estarán en desacuerdo con esto– y, la síntesis que caería por su propio peso: los estudiantes en la actualidad aprenden de forma diferente a como lo hacíamos *antes*.

Ahora bien, no es mi intención caer en el juego de discutir si era mejor antes o es mejor ahora, siendo que evidentemente la exposición y el alcance expedito a la información es un avance vital en el desarrollo humano y ha permitido un crecimiento y difusión sin comparación en todos los campos del saber y, específicamente en la medicina, que es mi campo de estudio y trabajo. De hecho, todos los que nos dedicamos a esta materia, tengamos o no alguna participación académica, tenemos la obligación de mantenernos actualizados tanto en fondo como en forma, sino, quedaríamos condenados a convertirnos en *Estatuas de Sal*.

Saber y evocar conocimiento

Pero –y aquí es donde toma contexto la pregunta que titula este artículo– ¿es suficiente el acceso a la información para asegurar acceso al conocimiento? Es decir, ¿pueden ser tratados como sinónimos?

En medicina –según lo veo– la estrategia académica por antonomasia está formada por el binomio pregunta-respuesta. En esta inteligencia, el profesor pregunta al estudiante sobre alguna materia de interés y, en un ejercicio bidireccional, se va profundizando en el tema hasta llegar a un punto que, en el mejor de los casos, obligue a ambos a buscar aquello que no haya sido adecuadamente dilucidado. Al final, ambos incrementan su conocimiento.

También funciona en dirección opuesta, cuando el alumno pregunta al profesor y éste, busca transmitir el conocimiento que tenga a la mano. Aquí, toma valor la frase de José Ortega y Gasset (1883-1955): “*Siempre que enseñes, enseña también a dudar de lo que enseñas*”; pensamiento que asegura, también aquí, que ambos participantes se benefician del proceso de la enseñanza-aprendizaje.

Sin embargo, qué ocurre cuando al hacer una pregunta a un estudiante, la respuesta inicial es:

“*¡No sé!*” Pero... uno o dos minutos después, sale al paso y dice: “*¡Doctor, ya sé la respuesta!*” Con el consiguiente aire triunfal por la aprobación inmediata que espera recibir. Digo, no está mal tener acceso rápido a la información pero, ¿qué tan sólido? –o por oposición, ¿qué tan efímero?– es este conocimiento adquirido por vía *digital* 4G o Wifi. Más aún, utilizando el concepto al Dr. Luis Fernando Briceño Rodríguez, uno de los profesores que más ha influido en mi carrera y de quien me precio de ser su amigo; ¿cómo es posible que se llegue a *sedimentar* este conocimiento adquirido de forma tan fácil? ¿Se puede aludir a la frase de sabiduría popular *fácil viene, fácil se va*?

Hace falta más... se debe analizar la información y cuestionar su valía. Hacerse preguntas con sentido y no solamente repetir como el eco. En suma: aprender. O, ¿sirve un océano de información de un centímetro de profundidad?

De nuevo, no es mi deseo oponerme a la tecnología ni al acceso a la información, sino llamar la atención sobre que es más importante saber hacerse las preguntas correctas, que la inmediatez del acceso a las respuestas, sobre todo en el campo de la medicina, donde hay tantos “*textos*” –o, más apropiadamente, páginas *web*– *de barro*.

Así las cosas, no es lo mismo saber que evocar, más aún cuando la fuente del recuerdo no es la mente propia, sino un dispositivo tecnológico enlazado con un servidor *Omnisciente*.

Y más aún: ¿queda el espacio para la duda cuando la respuesta está *en línea*? Santa Palabra.

Más importante que el acceso vertiginoso a la información, es la adquisición del conocimiento adecuadamente racionalizado y conceptualizado; es decir, comprender lo que hemos “*bajado*” de la red. ¿De qué vale tener la información si no la comprendemos? No correríamos el riesgo de ser repetidores de información de otros. Es acá donde los docentes debemos cuidarnos al obtener la respuesta de nuestros alumnos y explorar qué tan profundo es su conocimiento y qué tan sedimentado lo tiene en su entendimiento (cuando a un concepto absoluto se refiere). Se le debe plantear al educando que el obtener la información no siempre significa que se entienda, que el alumno realice –también el docente– el ejercicio necesario para saber si lo que está escrito lo comprende bien; y muy importante también, ¿cómo obtuvo la



información la persona que la escribió? y ¿en base a qué estudios? (cuando sobre estudios o casuísticas ronda la discusión).

Volumen de información y fugacidad.

Un fenómeno que me ha parecido reconocer en los estudiantes más jóvenes, *herederos del milenio* – por llamarlos de alguna manera– es la fugacidad y rapidez con que ocurren gran parte de los sucesos cotidianos.

Me explico: una llamada, un mensaje, una foto, un texto académico, un video... llega y se va. ¡Es automáticamente borrado después de un periodo dado y en algunas ocasiones ni siquiera es visto! O bien, es visto y borrado de la memoria con la misma o mayor velocidad con la que se borra del dispositivo electrónico. ¿La causa? Considero que es multifactorial. Primero, el volumen de información es inmanejable y por tanto imposible de retener en su totalidad y segundo, pareciera haber un aire de *¿“para qué voy a gastar tiempo y memoria, si va a estar ahí a la mano cuando lo necesite?”*

Ahora bien, una cosa es el manejo que se le dé a la carga de información sobre interacción social, evidentemente abrumadora e inmanejable y otra, diametralmente opuesta, es el que se debe dar a la información académica y profesional, siendo que en nuestro campo de acción, trabajamos con personas y no con números u objetos inanimados. El punto final, donde creo que es importante crear consciencia, es que no podemos pensar en acceder a información académica con la misma ligereza con la que lo hacemos cuando se trata de socialización y entretenimiento.

En conclusión, considero por un lado que el acceso expedito a la información supone un arma de doble filo y en nuestros días, parte del papel formador de los profesores incluye orientar a la población estudiantil sobre la forma idónea de manejar este universo de datos, con el fin de obtener el mejor provecho y ponerlo al servicio de los pacientes, punto final del proceso. Por otro lado, fomentar la sedimentación de los conocimientos apropiados, es decir, ir más allá de la mera *captación* y buscar la *organificación*, para no convertirnos en esclavos de la tecnología y mantener la independencia intelectual. En suma: más que saber las “respuestas correctas” debemos aprender a hacer las preguntas correctas.

Agradecimiento

Al Dr. Luis Fernando Briceño Rodríguez por su revisión y aportes al presente documento

Referencias

1. <https://blog.unimercentroamerica.com/costa-rica-cuenta-con-su-propio-estudio-de-generaciones>

